

Israel tenía dos propósitos fundamentales al invadir el Líbano. El primero era forzar el retiro de las huestes de Hezboláh hasta el norte del río Litani, a 20 kilómetros de la frontera común. De ese modo intentaba poner su territorio fuera del alcance de los cohetes Katiusha, que constituyen el grueso del arsenal militar de Hezboláh.

Por otro lado, buscaba el desarme de esa organización. Pero no intentaba alcanzar ese objetivo destruyendo la capacidad militar de Hezboláh, cosa que no pudo lograr durante los 18 años en que ocupó el sur del Líbano. Se trataba más bien de atacar objetivos civiles —verbigracia, puertos comerciales, plantas de electricidad, puentes, etcétera— con el propósito de infligir un alto costo al conjunto de la sociedad libanesa, para que tanto la población como el resto de actores políticos se tornen en contra de Hezboláh. En palabras del ministro de Defensa israelí, Amir Peretz, «El Líbano está pagando el precio por no haber desarmado a Hezboláh». Que es básicamente lo mismo que decían los panfletos que la aviación israelí arrojaba luego de cada incursión.

La influyente revista *The Economist* sostenía que Israel busca, «a través de la población civil, ejercer presión sobre el gobierno libanés, del que Hezboláh forma parte, para que desarme al grupo». Tratándose de una revista que respalda la ocupación en Irak, eso podría interpretarse como una sutil paráfrasis de la definición de terrorismo que brinda el documento oficial titulado «La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos de América»: verbigracia, «Violencia premeditada y políticamente motivada perpetrada contra inocentes». Ello explica el ratio de diez a uno que existe entre las bajas de cada lado, pero sobre todo el hecho de que de los 1.044 ciudadanos libaneses que, según el gobierno de ese país, habían muerto hasta el 11 de agosto —dos días antes del cese de hostilidades—, cerca de 90% eran civiles —según el gobierno israelí, hasta esa fecha habían muerto 124 de sus ciudadanos, 84 de los cuales eran militares—.

En cuanto a Hezboláh, se trata de una organización cuya agenda política incluye reivindicaciones que pueden apelar a diferentes audiencias. En primer lugar, una reivindicación estrictamente nacional. Hezboláh posee

un lugar preeminente en la política oficial del Líbano, porque la mayoría de sus compatriotas considera que fue su resistencia armada la que obligó al ejército israelí a replegarse del sur del país en el año 2000. Pero Hezboláh alega que ese fue solo un retiro parcial, pues Israel aún mantiene una presencia armada en la zona conocida como las Granjas de Sheeba. Israel no niega su presencia ahí, pero sostiene que se trata de territorio sirio, no libanés. Siria, por su parte, alega que la zona en cuestión es en realidad territorio libanés, pero no renuncia formalmente a ella. La ONU secunda la posición israelí, pese a que la población nativa posee documentos de identidad y títulos de propiedad emitidos por el Estado libanés. En síntesis, un intrínquil digno de una enrevesada historia de las *Mil y una noches*, que Hezboláh esgrimía como justificación para sus esporádicas acciones armadas contra Israel desde el año 2000.

En segundo lugar, Hezboláh resiste la ocupación de territorios árabes por parte de la principal potencia militar del Medio Oriente (Israel), que cuenta con el respaldo incondicional de la principal potencia militar de mundo (Estados Unidos), las cuales constituyen a su vez la Némesis histórica del panarabismo. Por ello también reivindican —y, a juzgar por las encuestas, obtienen— la solidaridad del conjunto de pueblos árabes. Esto coloca en una encrucijada a la mayoría de gobiernos árabes. Por un lado, ellos no pueden dejar de rendir un tributo simbólico a las reivindicaciones nacionales del pueblo libanés y, sobre todo, del pueblo palestino. Por otro lado, sin embargo, la férrea resistencia de Hezboláh frente a un rival dotado de una abrumadora superioridad militar les enrostra su falta de capacidad o de voluntad política para hacer algo más que emitir pronunciamientos. Por último, Hezboláh es una organización islamista, por lo que su agenda política se ve influida por su filiación religiosa. Desde esa perspectiva, el control israelí sobre Jerusalén se percibe como una afrenta para el conjunto del mundo islámico.

Lo paradójico aquí es que el fracaso del nacionalismo secular hizo que la misión de enarbolar las banderas del panarabismo fuese asumida —no siempre en forma deliberada, y en ocasiones incluso a su pesar— por movimientos islamistas como Hamas y Hezboláh.

Por otra parte, tanto el conflicto en el Líbano como la reacción israelí ante el triunfo electoral de Hamas en los territorios ocupados hacen ostensibles las paradojas de la política de fomento de la democracia en la región del gobierno de Estados Unidos. Yasser Arafat no era ciertamente un demócrata, como no lo es ninguno de los líderes árabes con los cuales Estados Unidos —y, en algunos casos, Israel— mantiene buenas relaciones. Pero, a diferencia de ellos, Arafat era el único líder elegido en forma democrática en todo el mundo árabe. Lo cual no es una proeza menor, si se tiene en cuenta que el palestino es el único pueblo al que se le exigía tener una democracia aun antes de tener un Estado. Arafat era, sin embargo, el único dirigente árabe con el cual tanto Israel como Estados Unidos se negaban a negociar.

Ahora no solo se niegan a negociar con el gobierno autónomo encabezado por Hamas, sino que lo hacen objeto de sanciones económicas que, según la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados, han producido una crisis humanitaria. Por esa razón, los palestinos sienten que están siendo objeto de un castigo colectivo por el mero ejercicio de su derecho al sufragio. Podría argumentarse que Hamas tiene las manos manchadas con la sangre de cientos de civiles israelíes, en cuyo caso los palestinos responderían que tan solo Ariel Sharon —para no mencionar a otros dirigentes israelíes— tiene las manos manchadas con la sangre de miles de civiles palestinos y libaneses —17 mil únicamente durante la invasión del Líbano en 1982—.

Podría retrucarse que Hamas no reconoce al Estado de Israel. Lo cual, siendo un problema real, es de relevancia

menor: Israel seguirá existiendo como Estado al margen de si Hamas se digna o no reconocerlo, y no hay nada que esa organización pueda hacer para revertir ese hecho. La construcción de asentamientos y del muro de separación por parte de Israel, en cambio, están haciendo imposible el surgimiento de un Estado palestino viable e independiente. Por último, los gobiernos sucesivos de Ariel Sharon y Ehud Olmert exigieron también que Hamas acepte todos los acuerdos suscritos desde Oslo entre israelíes y palestinos, así como el documento conocido como la «Hoja de ruta» para la paz en la región. Pero tanto Sharon como Olmert recusaron los acuerdos de Oslo cuando estos fueron adoptados, y el gobierno del primero aceptó la «Hoja de ruta» con 15 reservas, en un documento que consta únicamente de 5 páginas.

En el caso del Líbano, Estados Unidos ejerció presión sobre Siria durante 15 años para que retirase sus tropas del territorio de ese país. Respaldó, además, la Revolución de los Cedros, que tuvo como consecuencia no solo el retiro de los sirios, sino el surgimiento de un gobierno representativo de las distintas confesiones en que se divide el país, el cual, a su vez, estableció lazos estrechos con el mundo occidental. Pero solo un año después de haber logrado todos sus propósitos en el Líbano, Estados Unidos respalda en forma incondicional una invasión israelí que deja maltrechos tanto a la infraestructura del país como al gobierno que había contribuido a formar. En otras palabras, la promoción de la democracia representativa podrá ser un objetivo de la política norteamericana hacia la región, pero es un objetivo entre otros, y no necesariamente el más importante. ■